

MERCEDES RODRIGO

*Diplomada, Instituto de Ciencias de la Educación, Universidad de Ginebra, Suiza (1923).
Conferenciante en Educación, Universidad de Puerto Rico.*

Palabras ante el Club de Leones, San Juan,
Puerto Rico, el 26 de marzo de 1954.

EL PROBLEMA DE LA DEFICIENCIA MENTAL Y SUS DERIVACIONES DE TIPO SOCIAL Y HUMANITARIO

No es problema nuevo el de la deficiencia mental. El ilustre psiquiatra puertorriqueño Dr. Luis M. Morales, en un libro recientemente publicado sobre *Psiquiatría, Neurología e Higiene Mental*, afirma que "la deficiencia mental es tan antigua como la raza humana". Deficientes mentales han existido siempre, existen actualmente y es de temer que en el futuro sigan existiendo. Kraepelin, el llamado padre de la moderna psiquiatría (1856-1926), dio el nombre de oligofrenia a un grupo de trastornos debidos a la detención más o menos prematura del desarrollo psíquico general y que se manifiestan por deficiencia intelectual en grado diverso.

Estos grados, por todos conocidos, son de menor a mayor

capacidad mental: *idiotismo*, al que corresponden los individuos que demuestran su deficiencia en tal grado, que son ellos mismos incapaces de guardarse contra peligros físicos; necesitan constante protección y no admiten educación; *imbecilidad*, grado que corresponde a seres que son capaces de aprender algo, pero no de valerse por sí mismos en la vida; y *debilidad mental*, al que corresponden los llamados morones, que son susceptibles de educación.

Estos tres grados de desarrollo mental los definió con su claridad habitual el gran psicólogo francés Alfred Binet, diciendo que es idiota el niño que no consigue comunicarse con sus semejantes ni siquiera mediante la palabra; el imbécil no llega a comunicarse por escrito con sus semejantes y el débil mental o morón sabe comunicarse verbalmente y por escrito con sus semejantes, pero presenta un retraso de dos o tres años en su escolaridad.

Oligofrénicos de los tres grupos se encuentran en Puerto Rico. La Sra. María Elisa Gómez de Tolosa, distinguida psicóloga puertorriqueña y actual Presidenta del Instituto Psicopedagógico de Puerto Rico, ha dado las siguientes cifras, de acuerdo con el censo llevado a cabo por la División de Bienestar Público: en la Isla hay 1,100 idiotas. aproximadamente 3,000 imbéciles y cerca de 15,000 morones.

Ante la cifra aproximada de 20,000 oligofrénicos, el Dr. Morales hace los siguientes comentarios: "Se calcula, en esta notable cifra, el número de débiles y defectuosos de la inteligencia en nuestro país. La gran mayoría de ellos son del tipo educable. Si no se les presta ayuda, resulta incalculable el daño que pueden hacer y los sufrimientos que son capaces de causar, sin intención. ¡Otra gran responsabilidad que es nuestro pueblo el llamado a afrontar!"

El solo hecho de estar aquí reunidos esta noche, en una actividad social, en la que se van a dedicar algunos minutos a tratar de problemas de deficiencia mental, demuestra palpablemente que muchos puertorriqueños conscientes comparten esta responsabilidad recordada y sugerida por el Dr. Morales y sien-

ten inquietudes ante problemas de tan fuerte contenido humano y repercusiones sociales.

Glosando el comentario del Dr. Morales, conviene hacer resaltar los siguientes puntos, todos ellos importantes por lo que a Puerto Rico se refiere. Estos puntos son los siguientes:

1. La realidad de que existen 20,000 oligofrénicos en Puerto Rico;
2. Que la gran mayoría de ellos, quince mil, son educables;
3. Que si no se les presta ayuda, resulta incalculable el daño que pueden hacer y los sufrimientos que son capaces de causar sin intención.

Por mi parte yo añadiría un cuarto punto, pensando que los deficientes mentales son incapaces de defenderse ellos mismos y de organizar ninguna acción en defensa de su propia causa. Por tanto parece de justicia ocuparse de ellos, puesto que como alguien dijo en un reciente congreso de higiene mental, "los deficientes mentales no tienen voz ni voto, carecen de influencia y sus vidas dependen completamente de aquellos de nosotros que somos más afortunados".

Todavía se pueden resumir más estos conceptos para que queden bien claros en la mente de todos nosotros: 1. El problema de la deficiencia mental es una realidad aquí y fuera de aquí. 2. El problema en sí tiene derivaciones de tipo social y humanitario. Quiere decir que los desventurados oligofrénicos pueden causar "daño incalculable" si no cumplimos con nuestro elemental deber cristiano de amar al prójimo como a nosotros mismos. Es pues deber social y moral de todos el buscar remedios y soluciones para problema tan hondo y tan humano.

Limitaciones razonables de tiempo impiden totalmente ocuparnos en esta ocasión del tema en todos sus aspectos. Pero aprovecho el que nos queda para enfocar nuestra atención sobre algunos puntos sacados del comentario del Dr. Morales.

El segundo punto lo consideramos de particular importancia: es decir, el hecho de que 15,000 oligofrénicos de Puerto

Rico son educables. Inmediatamente surgen las preguntas: ¿Cuántos de ellos se están educando en la actualidad? ¿Cómo se reparten entre las distintas clases sociales? ¿Cómo se distribuyen sus edades? ¿En qué aspectos de su educación se ha intensificado más el esfuerzo? ¿Cuántas personas y entidades están trabajando heroicamente, suponemos, para encauzar problema tan grave? ¿Quiénes más pueden ayudar en tan ingente tarea? ¿Con qué posibilidades económicas se cuenta para resolverlo? ¿Qué resonancia encuentran en el gran público los problemas de esta índole? ¿Cómo orienta la prensa diaria a la opinión pública sobre temas de tanta trascendencia social?, etcétera.

Con sincero rubor tengo que confesar mi total imposibilidad para dar contestación a tantas apremiantes interrogantes.

Sabemos sí, que el movimiento en favor de los deficientes mentales en Puerto Rico es intenso e inteligente. Admiramos la obra realizada ya por la Sra. María Elisa Gómez de Tolosa y sus colaboradores. Aplaudimos sin reservas las orientaciones radiadas por el Sr. Enrique Laguerre sobre la conveniencia de intensificar el aspecto positivo y constructivo de las informaciones periodísticas. Ahora bien, en el libro del Dr. Morales, publicado en 1953, se plantea el problema pero no se da por resuelto todavía.

A este segundo grupo corresponden los deficientes mentales capaces de transformarse en elementos útiles para la sociedad y para sí mismos mediante tratamiento apropiado. Y son los mismos que, si se les abandona a sus propias fuerzas, vivirán convertidos en verdaderos parásitos sociales por lo menos, o lo que es peor, en elementos antisociales. Además, desde el punto de vista humanitario, este grupo merece que se le preste la mayor atención, porque está formado por los más desgraciados, por los que se dan cuenta de sus limitaciones y sufren de ellas. El débil mental o morón, con tratamiento adecuado desde sus primeros años, puede en algunos casos no avanzar mucho en su educación, pero el débil mental o morón sin tratamiento apropiado, retrocede de su estado en proporciones alarmantes.

Los años de la postguerra, del 1945 para acá, más o me-

nos, han renovado el interés por la investigación de la deficiencia mental. La bibliografía profesional de estos últimos años demuestra los profundos cambios que se han operado en conceptos de criterio sobre etiología, diagnóstico y tratamiento de los deficientes mentales.

Desde los tiempos del genial psicólogo francés, Alfred Binet, a principios de siglo hasta hoy, ha habido cambios considerables en la manera de enfocar el concepto de la deficiencia mental, en sus grados menos profundos, y los métodos para su descubrimiento y tratamiento. Como todo el mundo sabe, durante muchos años, el cociente intelectual, el célebre y conocido "I.Q.", ha sido el elemento único e indispensable para diagnosticar la deficiencia mental. Pero los grandes progresos de la psicología han cambiado el concepto de la inteligencia como problema central por el de la *personalidad* como un *todo*. Hoy día para intentar comprender la capacidad de desarrollo de un ser humano, hay que buscar las relaciones mutuas de todos los factores que actúan y forman la *personalidad total*. La psicología clínica ha hecho evolucionar el concepto simplista del "I.Q." Hoy, éste es un dato más, pero no el único. Además se sabe que no es infalible.

Hasta hace muy pocos años, tal vez menos de una década, la expresión "deficiencia mental" se usaba únicamente para indicar un estado fijo o una determinada limitación de la capacidad mental de un individuo. El grado de deficiencia se determinaba, en el mejor de los casos, por pruebas mentales. Una vez diagnosticada quedaba el niño más o menos sentenciado a llevar una vida de limitaciones de acuerdo con su mayor o menor desarrollo demostrado en la *prueba* a que había sido sometido.

Un ejemplo de la insuficiencia de tomar el dato mental como elemento único de apreciación es el siguiente: En una ocasión reunieron 252 individuos todos con una edad mental de 8 años y un cociente intelectual entre 62 y 50. debida esta fluctuación a que las edades cronológicas oscilaban entre 13 y 28. Todos ellos estaban incluidos en el grupo de débiles mentales o morones. De ellos, algunos pudieron aprender a leer y

otros no. Algunos pudieron comprender las más elementales reglas aritméticas y para otros resultó imposible hacerlo. Muchos tuvieron lo que se llama buen comportamiento, otros demostraron conducta inmoral o turbulenta. Había pues algo más que deficiencia mental. Por tanto no basta obtener una cifra mediante el examen psicométrico.

La psicología clínica con sus técnicas modernas ha ido descubriendo ese "algo más", esos otros factores que bloquean la capacidad mental y pueden dar cocientes intelectuales que no respondan exactamente al verdadero nivel mental del niño o del adulto examinado. Por eso nos inquietan sinceramente los comentarios tan frecuentemente escuchados de labios de varias mamás sobre los cocientes intelectuales de sus hijos. Y nos inquieta más que en las escuelas se utilicen como único factor para la clasificación del alumno en la clase y que en ocasiones se maneje el concepto sin la menor discreción y respeto por la personalidad del niño. Las cifras 58 ó 63, por ejemplo, cuando se hable de un escolar, francamente suenan como a marcas en el ganado. No, un niño no puede ser nunca un número. Con el agravante de que ese número puede variar bajo muy diversas condiciones de salud y factores emocionales de todo tipo, desde la relación positiva, indiferente o negativa entre el examinador y el niño, las preocupaciones que le inquieten en el momento de la consulta, juegos, promesas de cine, posibilidades de castigo, etc., grado de fatiga que favorece o perjudica su atención, presión de tiempo por necesidades de los adultos o del propio niño que está bajo la tensión de terminar sus asignaciones escolares, etc. Todo esto sin contar las relaciones estimulantes o deprimentes existentes entre los padres y los hijos, entre los hermanos, que influyen en sentido positivo o negativo en el rendimiento intelectual del niño.

Varía mucho este rendimiento cuando el niño se siente seguro y comprendido, a cuando interfieren en su existencia factores emocionales perjudiciales. Trabajos recientes han demostrado que los débiles mentales tienen conflictos neuróticos que difieren muy poco en calidad y complejidad de los que sufren los niños normales o incluso de inteligencia superior.

Mediante las llamadas técnicas proyectivas utilizadas por la psicología se ha descubierto la insaciable necesidad de cariño, comprensión y aceptación que necesitan estos niños. Ésta es la razón de que sean tan sensibles y sufran al sentirse diferentes de los demás. Ésta es quizás la tragedia del deficiente mental. No tiene la suficiente inteligencia para luchar con armas iguales en la competencia entre los compañeros de su edad, pero sí tiene la bastante comprensión para sentirse muchas veces rechazado o defraudado. No se les reconoce el enorme esfuerzo que tienen que hacer para obtener quizás escasos resultados. No se les estimula ni se premia su abnegación. En cambio, se les censura y a veces se les castiga injustamente porque no dan buen rendimiento en cosas para las que no tienen suficiente capacidad o aptitud.

Recuerdo el caso, no único, de un muchacho hispanoamericano que cuando llegó a nuestra consulta había pasado ya por siete colegios de los que fue saliendo sucesivamente según explicación suya, “de uno porque ya era muy grande para la clase, de otro porque perdió dos cursos seguidos, lo metieron en otro para ver si *se fijaba en algo*, en el siguiente volvió a perder los otros dos cursos porque el profesor le tomó manía y lo castigaba mucho...” Según sus familiares, el muchacho es sumamente aplicado, se levanta muy temprano y en cuanto vuelve del colegio se pone a estudiar hasta la hora de la comida y muchas veces después hasta muy tarde. Se trataba de un morón que cuando llegó a examen ya tenía 17 años sin haber podido terminar su grado primario, sintiéndose fracasado y deprimido. Afortunadamente se descubrió en él bastante buena habilidad manual, que resultó perfectamente aprovechable.

En las escuelas primarias corrientes casi el 10% de los alumnos corresponde a este grupo de débiles y torpes. Estos niños a veces son también débiles en salud física; su asistencia escolar generalmente es muy irregular por causa de enfermedad, lo que les atrasa en su escolaridad; sus compañeros de clase los tienen por tontos y les molestan con la característica crueldad infantil, poniéndoles apodosos o haciéndoles sentir constantemente su inferioridad. Generalmente juegan con niños más pe-

queños que ellos, aprenden poco, tardan mucho y lo que hacen es a costa de enorme esfuerzo para adaptarse al medio escolar corriente, con frecuentes cambios de escuela, de donde más o menos pronto van saliendo sucesivamente con el consiguiente sentimiento de fracaso.

Recuerdo otro caso muy característico. El de un niño de 14 años que cuando le vimos ya había pasado por once colegios, según la explicación del propio escolar, “porque papá cada vez que habla con otro señor se entusiasma y me cambia de colegio”. La realidad del caso es que el propio padre era un inestable excesivamente ocupado y nervioso, separado de la madre y con la obsesión de hacer de un deficiente mental un bachiller, “lo más rápidamente posible”. según expresión propia.

La mayor parte de los deficientes mentales que se encuentran en las escuelas primarias corrientes tienen una escolaridad deprimente, no manifiestan interés por el trabajo, son indiferentes cuando no hostiles y carecen de ambición intelectual. Pocos pasan de los estudios primarios, pero si se les estimula, se les alienta y se les da el tiempo suficiente, material y ambiente apropiados, obtienen mejores resultados, y lo que es más importante, son más felices.

Por eso el cuadro cambia totalmente cuando el deficiente mental recibe educación especial de acuerdo con sus propias capacidades. Pero la educación especial de los retrasados mentales, supone organización especial de las clases, material especial, diagnóstico especial, procedimientos de enseñanza especiales, insistencia sobre el tipo de incapacidades y dificultades para aprender, instrucción más de acuerdo para cada caso; es decir, mayor individualización en la enseñanza.

Cada vez se arraiga más la idea de que la deficiencia mental es principalmente un problema de *educación*; pero la preocupación debe ser por conseguir que el deficiente sea lo más feliz posible, aprovechando hasta el máximo sus capacidades. En la educación especializada hay que ofrecer a los deficientes abundantes oportunidades para enriquecer su vida y sus intereses alternando con actividades musicales, artísticas y de actividad

física, que sirven de factores de estabilización emocional, mucho más eficazmente que las tradicionales clases académicas. Generalmente son sociables, dóciles y manejables; algunos pueden actuar casi normalmente en actividades extra escolares fáciles. Algunos pueden adaptarse mejor a un ambiente rural donde no tan sólo sienten menos su inferioridad, sino que incluso pueden considerarse útiles, sentimiento que tanto satisface al ser humano, normal o anormal.

- La preparación para un trabajo en su vida de adulto constituye el segundo paso en la educación del deficiente mental. Actualmente se está desarrollando intensamente la terapia ocupacional con muy buenos resultados, que se traducen especialmente en cambios beneficiosos de la conducta del deficiente.

El tercer paso de importancia en la vida del deficiente mental es, su ingreso, ya como adulto, en el mundo del trabajo profesional. Es tema de total actualidad. En este mismo mes de marzo hemos encontrado información del mayor interés sobre el programa de rehabilitación del Estado Federal Americano, mediante el cual, muchas personas adultas, deficientes mentales consideradas antes como incapaces de ser colocadas en trabajos remunerados, mediante el estudio de los tipos de trabajo posibles con sus deficiencias, pueden ser rehabilitados y contratados para empleos útiles.

Hasta aquí el cuadro constructivo y solamente esbozado de hasta dónde pueden llegar los 15,000 deficientes mentales educables puertorriqueños. Para no ensombrecer la velada prefiero no entrar en el aspecto trágico del problema, en la consideración sobre "ese daño que pueden hacer los deficientes mentales y los sufrimientos que son capaces de causar sin intención". Lo dejo a la meditación particular de cada uno de nosotros. Pero hay que ser justos, porque es muy corriente que nos horrorice lo malo que otros hacen y no sintamos remordimiento por lo bueno que *no* hemos hecho para evitarlo.

Hay que terminar. Los minutos avanzan implacables, aunque quede quizás lo más importante por comentar. Pero lo haremos en forma muy escueta. ¿Qué hace falta para dar a estos

seres desdichados todo o algo de lo que necesitan? Todos tenemos seguramente la respuesta pronta. Hace falta dinero, mucho dinero indudablemente. Pero hace falta también emplear ese dinero eficazmente. Se necesitan muy buenos maestros, con preparación muy sólida y con espíritu de abnegación muy grande, porque las técnicas de trabajo más perfectas no son eficaces, si no se aplican con cariño. Se necesitan psicólogos, médicos, trabajadores sociales. Se necesita obtener colaboración decidida de los padres y familiares del deficiente mental. Esto en cuanto al factor humano se refiere. Se necesita también buen material de enseñanza, campos agrícolas, talleres y todos los progresos que se quiera. Total, que se necesita efectivamente mucho dinero, pero lo principal es el deseo que todos tengamos de encontrarlo y ponerlo en circulación. El final del comentario del Dr. Morales que nos ha servido de guía en esta tan poco amena charla, es el siguiente: "Otra gran responsabilidad que es nuestro pueblo el llamado a afrontar". Pueblo somos todos; por tanto, a todos nos incumbe la responsabilidad de que la obra redentora del deficiente mental sea una realidad en Puerto Rico.